

La negra fama de México, los asesinatos de Acapulco y el ridículo internacional

Cuando todavía no estaba de moda el hispanismo en los periódicos, ni se escribían libros con la vida y milagros de hispanistas que no han leído el Quijote ni hablan en castellano, nosotros pusimos de relieve las cualidades de la Colonia Española y proclamamos como era la más profundamente identificada con nosotros. Explicamos que no era verdad fuese esta Colonia la que más se mezclaba en nuestros asuntos políticos puesto que la causa única de que nos diésemos cuenta algunas veces de sus murmuraciones era la igualdad de la lengua que nos permitía entenderlos.

Después se desencadenó una tromba hispanista y fluyeron de las plumas mieles sin cuento a propósito de cuánto oliese a España. Un amor a España nunca demostrado se desbordó y tan ardientes se mostraron los nuevos apóstoles de la antes tan despreciada causa que nosotros, ancestral y artísticamente devotos de España enmudecimos temerosos de resultar tibios en medio de aquel apasionado incendio de amor y admiración. Pero he aquí que un acontecimiento sin nombre pone un nuevo timbre a nuestro legendario desprestigio; nuestra barbarie bien ejecutoriada recibe la más cumplida confirmación en el frío asesinato perpetrado en las indefensas personas de los hermanos Nebreda en Acapulco.

Los Ministros hacen declaraciones terminantes y consoladoras: —“el asesinato no quedará impune”, —“todo el peso de la Ley caerá sobre los asesinos”, etc. No tenemos el derecho de dudar de estas promesas justicieras, pero ya conocemos, por otros casos idénticos, el alcance de las palabras de otros funcionarios cuando han transcurrido unás cuantas sema-

nas. El olvido va cayendo lentamente sobre el resonante acontecimiento que queda relegado a segundo, o tercer término, por otro suceso más fresco y quizá más espeluznante. Y como un crimen sucede a otro y la opinión pública solamente se interesa por el último y como por otra parte, los funcionarios suelen permanecer sordos cuando la Opinión Pública grita, es fácil imaginar como permanecerán cuando esa misma Opinión ya no se ocupa del asunto. Por esto nosotros queremos, no solamente que se haga Justicia, sino que se imparta con premura, con diligencia, con empeño, con decisión.

x x x

Nuestra larga historia de crímenes nos ha dado la fama que padecemos de extranjerofobia y en verdad esto ha perjudicado en extremo a nuestro país y a sus gobiernos. Es tiempo ya de que entremos resueltamente en las floridas sendas de una civilización auténtica, no hecha con fiestas más o menos dispendiosas con motivo de este o aquel centenario. Subir o bajar los pegasos podrá significar un derroche, pero nuestra cultura no la demuestra este suceso ni la historia de las religiones en la Cochinchina escrita por el enciclopédico y antipedagogo Sr. Vasconcelos.

El asesinato de los honrados y laboriosos hermanos Nebreda es un acontecimiento bochornoso, no solamente por la cruel significación que tiene en sí mismo, sino porque en el extranjero constituye una vergonzosa ratificación de la malísima fama que allí gozamos por una multitud de conceptos.

Desde hace muchos años las hazañas de Villa, (mucho más pedagogo que el señor Vasconcelos,) de Zapata, de muchos de sus secuaces, de no pocos jefes zapatistas y de otros istas de diversos bandos, llegaron al extranjero unas veces abultadas y otras, justo es decirlo, empalidecidas, y nos fueron labrando una desdichadísima reputación, que después se encargaban de confirmar algunos de nuestros diplomáticos y representantes consulares. Pero no es, librenos Dios que estos señores cónsules y diplomáticos fuesen a cometer crímenes y atentados en las ciudades que para nuestro escarnio y ridículo visitaban, nó pero sí se conducían de tal suerte que las absortas gentes de aquellos países decían: cierta debe ser la barbarie de aquellos mexicanos cuando éstos, sus representantes, carecen a tal punto de cultura.

Nosotros vimos en la playa de Santander, en pleno Verano, a un diplomático nuestro, de riguroso sombrero alto, levita cruzada y corbata roja discurrendo, seguido de una abigarrada multitud de chiquillos de su propiedad, bajo un sol de plomo y una estela de sonrisas...

Cierto Cónsul en Barcelona dió un baile en el Hotel Ritz (fuera de sus atribuciones) y a él convidó a muy distinguidas damas y a las “gol-fas” más populares de la ciudad Condal. Inútil es decir cuán presto salieron de allí las damas y supérfluo es también añadir lo que dijeron.

Un joven diplomático nos relató, porque él mismo lo presenciara, cómo S. M. Alfonso XIII en una recepción en Palacio se detuvo frente a cierto Secretario de nuestra Legación en Madrid, diciéndole: “dispense usted, de qué es este uniforme, de la Legación de qué país es usted y qué puesto ocupa?”. El otro contestó que formaba parte de la Legación de México. El uniforme lo había comprado en una prendería y era difícil definirlo. Ostentaba profusión de bordados de oro y fué imposible determinar su origen.

Cierto diplomático de la primera época de la revolución constitucionalista organizaba verdaderas vacanales en la Legación de París hasta que el Conserje avergonzado cerró, recogió las llaves y se negó a entregarlas. Las borracheras y los escándalos provocados por representantes nuestros son incontables y sus muestras de incultura e ignorancia numerosas.

Ahora bien, si en México sólo hubiera esta clase de individuos, si nuestro medio sólo diese estos frutos de “rastacuerismo”, entonces no nos quedaria otro camino que el de la resignación, pero bastantes pecados tenemos ya encima para padecer también estos injustificadamente. Ya es gran desgracia que nuestros delitos nos den el dictado de bárbaros para que además nos digan cretinos y ridículos.

Una digna representación diplomática y consular podría atenuar nuestra mala fama y desvanecer los prejuicios que en muchos casos pesan injustamente sobre nosotros. El problema internacional claro es que reconoce como base la razón económica, pero influye en él, poderosamente, nuestra horrorizante leyenda. Demos muestras de cultura dentro del país cumpliendo y respetando la Ley y demos pruebas de cultura, fuera enviando representantes de la sociedad, que verdaderamente constituye la República, porque no parece, en muchos casos, sino que nuestros Representantes lo son de los asesinos de Acapulco o de los de cualquiera otra parte.



—Uste es Carpa.....
—¡Carpa?...antier; “hora” soy Dempsey